

A detailed engraving of Voltaire's face, showing his characteristic long, curly wig and a slight smile. The engraving is in black and white with fine lines.

JE SUIS
CHARLIE

A simple red tulip with a black stem and leaf, positioned to the left of the author's name.A simple red tulip with a black stem and leaf, positioned to the right of the author's name.

**FERNANDO
SAVATER**

**VOLTAIRE
CONTRA LOS
FANÁTICOS**

«CREE LO QUE YO CREO Y LO QUE NO PUEDES CREER, O PERECERÁS;
CREE O TE ABORREZCO; CREE O TE HARÉ TODO EL DAÑO QUE PUE-
DA.»

Ese era el dogma del fanatismo según Voltaire. Y, como los atentados contra *Charlie Hebdo* volvieron a demostrar, lo sigue siendo hoy, dos siglos y medio después. Así que no es casual que las obras del filósofo se hayan convertido en el fenómeno editorial del momento en Francia.

Voltaire fue, según Savater, el primer intelectual, un pensador que nunca se conformó con entender el mundo, sino que ansiaba transformarlo, y que comprendió como nadie antes que el texto era un poderoso instrumento de propaganda. De ahí su estilo directo, divertido y nunca frívolo, en el que prima siempre la voluntad pedagógica. Los paralelismos entre Savater y Voltaire son claros. En Savater reconocemos a Voltaire y por eso nadie mejor que él para expresar su pensamiento y ofrecernos esta antología del gran ilustrado, llena de ironía y agudeza, además de estudiar su figura y acercarla a la lucha contra los fanatismos actuales. Se nos permite así conocer las reflexiones de un hombre genial, que dedicó su vida a combatir siglos de intolerancia, de rutinas dogmáticas, de autoridad mal entendida y peor ejercida. ¿Sus armas? Una aguda inteligencia y un espíritu sarcásticamente irreverente que impregnan toda su obra.

PRÓLOGO

EL REGRESO DE VOLTAIRE

EN LA GRAN MANIFESTACIÓN QUE SE CELEBRÓ en París después de los asesinatos de *Charlie Hebdo*, encabezada por jefes de Estado de numerosos países, se enarbolaron innumerables pancartas con el lema «*Je suis Charlie*». Bastantes de ellas llevaban también la silueta inconfundible de Voltaire. Y en los días posteriores se vendieron en Francia decenas de miles de ejemplares del *Tratado sobre la tolerancia*, una de las obras emblemáticas del príncipe de los ilustrados. Es curioso, algo semejante ocurrió cuando el ayatolá Jomeini lanzó su *fatwa* mortífera contra Salman Rushdie por su libro *Versos satánicos*. Yo estaba en Londres y recuerdo que en la manifestación de apoyo a Rushdie en Trafalgar Square vi una pancarta portada por un grupo de caballeros con aire de profesores oxonienses que decía: «¡Avisad a Voltaire!».

Maravilla esa persistencia de su figura como emblema de la lucha contra el fanatismo y en defensa de las libertades amenazadas, sobre todo la de conciencia y también la de expresión (sin la cual la otra queda mutilada). Antes que Zola y su «*J'accuse!*», mucho antes de que Bertrand Russell se manifestara en esa misma Trafalgar Square o Noam Chomsky lo hiciese en Berkeley, Voltaire escribió y luchó por que se devolviese su honor a Jean Calas, un protestante acusado injustamente por serlo de haber asesinado a su propio hijo. Pero sobre todo identificó la enfermedad cuya intransigencia más hace peligrar la convivencia en cualquier

comunidad civilizada: el fanatismo. El fanático no es quien tiene una creencia (teológica, ideológica o la que fuere) y la sostiene con fervor, cosa perfectamente admisible porque tampoco el escepticismo o la tibieza son obligatorios (aunque algunos los tengamos por aconsejables...). El fanático es quien considera que su creencia no es simplemente un derecho suyo, sino una obligación para él y para todos los demás. Y sobre todo está convencido de que su deber es obligar a los otros a creer en lo que él cree o a comportarse como si creyeran en ello. Con demasiada frecuencia, el fanático no se conforma simplemente con vociferar o lanzar inocuos anatemas, sino que aplica medios terroristas para imponer sus dogmas, sea desde el poder o desde la clandestinidad homicida. La persona humanista y civilizada pide las cosas por favor, el terrorista las exige por pavor. Voltaire fue quien primero resumió esta peligrosa manía en una fórmula lapidaria: «¡Piensa como yo o muere!».

Allí donde está vigente este lema atroz, no hay posibilidad de pluralismo político, artístico, intelectual ni en los comportamientos personales. El fanatismo convierte en un erial el campo potencialmente feraz de las creaciones sociales. España es un ejemplo de ello en el terreno científico, porque el celo inquisitorial nos mantuvo en un atraso obligado durante los siglos en que la investigación experimental comenzaba a dar frutos en las más liberales naciones de Europa. Algo semejante ocurrió en el campo artístico y también en el científico (¡recordemos a Lysenko!) durante la larga dictadura comunista en la URSS. Y actualmente salta a la vista que las teocracias islámicas mantienen a los países que las padecen en situaciones de enanismo político, estético, científico y social. Nada tiene que ver esta constatación con la temida y voceada «islamofobia» que algunos esgrimen no siempre desinteresadamente como escudo protector contra argumentos bien razonados y difíciles de recusar. En la mayoría de las ocasiones, los fanático-terroristas causan más víctimas entre quienes dicen defender que

entre sus supuestos enemigos: Al Qaeda y el EI son peligrosos sobre todo para los musulmanes que no suscriben su radicalismo feroz, y los terroristas fanáticos de ETA cuentan la mayor parte de sus expoliados y asesinados entre los miembros de ese «pueblo vasco» por cuya libertad aseguran que matan y extorsionan. Luchar contra ellos no es «islamofobia» ni «vascofobia». Incluso los rasgos que en el propio Voltaire hoy pueden parecer antisemitas se deben a que reprochaba a los judíos el invento del monoteísmo, fuente de los peores fanatismos eclesiales. Creo que su mensaje definitivo consiste en asegurar que lo único a lo que tenemos que tener auténtica fobia razonada y democrática es al fanatismo, venga de la raíz teocrática o ideológica que fuera. Y mientras sigan apareciendo los fanáticos entre nosotros y hasta reclamando su derecho a serlo, tendremos que seguir recordándole y tomándole como ejemplo.

Este libro pretende a la vez ser un homenaje y un arma de combate contra el fanatismo terrorista actual. En primer lugar, incluye una *laudatio* de Voltaire y una antología de opiniones y flechazos que he espigado en su obra inmensa y ya publiqué por primera vez hace años. Como apéndice, cuatro ejercicios volterianos escritos con motivo de los atentados de *Charlie Hebdo* y de las opiniones proferidas a propósito de ellos, incluida la declaración pugilística del papa Bergoglio sobre el hipotético ofensor de su mamá. El conjunto va dedicado a Sara, mi mujer, de quién soy fanático pero sólo por las vías del amor.

Madrid, febrero de 2015

EL PRIMER INTELECTUAL MODERNO

Voltaire dio al francés el instrumento de la polémica, creó la lengua improvisada, rápida, concisa, del periodismo.

A. DE LAMARTINE

EN LA HISTORIA DE LAS LETRAS UNIVERSALES, aparecen de tanto en cuanto los creadores de un nuevo estilo literario, los impulsores de un nuevo gusto o de una poética distinta, que después tienen numerosos seguidores y aun cultivadores que superan al iniciador; en la historia del pensamiento filosófico o científico existen unos cuantos creadores de sistemas y algunos geniales acuñadores de teorías tras cuya obra se apiña la hilera variopinta de los discípulos, que hacen cola de forma más o menos rutinaria en la parada de autobús determinada por el maestro. Pero mucho más insólito es que alguien invente un nuevo tipo de hombre de letras, un oficio distinto en el campo de quienes estudian, piensan, escriben y hablan. Así, por ejemplo, entre Tales, Heráclito y Pitágoras suele repartirse el mérito de haber inventado al filósofo clásico; Baudelaire quizá patentó un cierto tipo de poeta extravagante, bohemio y maldito; Freud instituyó con gran éxito al psicoanalista como confesor de la modernidad, etcétera.

La obra maestra de Voltaire fue la invención del intelectual moderno, un oficio que toma algo del agitador político, bastante del profeta y no poco del director espiritual. Esta criatura sospechosa pero venerada alcanzó la cima de

su prestigio, hace exactamente cien años, con el asunto Dreyfus y el «*J'accuse!*» de Émile Zola; mantuvo luego su apogeo a lo largo de tres cuartas partes del siglo XX, apoyándose en figuras como Romain Rolland, Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre, hasta entrar en la franca decadencia de los últimos veinte años. Es posible que este ocaso sea definitivo o que la figura sufra una metamorfosis, propiciada por los avances cualitativos y las nuevas posibilidades de los medios de comunicación. A fin de cuentas, el desarrollo de la prensa, la generalización del correo y las inversiones de capital privado en empresas editoriales durante el siglo XVIII tuvieron bastante que ver con la invención volteriana. Es lógico que las nuevas autopistas informativas propicien la aparición de un sucesor: estamos a la espera del Voltaire de los blogs, con cuenta en Twitter y Facebook... En todo caso, lo indudable es que la figura del intelectual tal como hasta ahora lo hemos conocido ha tenido una importancia crucial en el fraguarse de lo mejor y lo peor de la identidad cultural contemporánea.

Voltaire no fue un gran trágico, como él siempre soñó y creyeron algunos de sus contemporáneos; ni mucho menos un destacado poeta. Sus ensayos propiamente filosóficos divulgan con acierto algunas ideas de Locke y de un Spinoza pasado por Bayle, pero no son demasiado originales ni tampoco demasiado profundos. Como historiador mantuvo criterios nuevos y avanzados, semejantes a los de Hume pero anticipándose a él en ocasiones, y manejó una erudición sumamente competente para su época: sin embargo, es improbable que sus solos méritos en este campo le hubiesen garantizado el destacado lugar que ocupa en la revolución intelectual de su siglo. Aunque algunos de sus relatos son logros inmaculados, como *Cándido*, *Zadig* o *Micromegas*, no renuevan el género ni alcanzan la profunda originalidad de *Los viajes de Gulliver* (en los que tanto se inspiró), el *Tristram Shandy* de Sterne o *El sobrino de Rameau* y otros esbozos geniales de Diderot. En cuanto a sus

análisis sociológicos o políticos, pese a que abundan en precisiones sensatas, tampoco igualan en fuerza sugestiva la radical provocación de los mejores momentos de Rousseau ni aun de Helvétius. De Voltaire podría decirse lo que comentó Jean d'Ormesson cuando murió Jean-Paul Sartre: «Más que una obra maestra definitiva, nos ha dejado múltiples muestras de un inmenso talento».

¿Qué nos queda entonces realmente de Voltaire? El ejemplo de su militancia, lo que podríamos definir como su vocación intelectual de intervención. Descartes y más tarde Spinoza escribieron para enmendar los métodos intelectivos que aún predominaban en su época; Voltaire aceptó y radicalizó esa enmienda, pero ampliándola no sólo a la forma de comprender sino también a lo comprendido. A diferencia de los primeros racionalistas, Voltaire no pretendía simplemente modificar nuestra comprensión del mundo, ni la conducta individual del sabio en el mundo, sino que quiso enmendar el mundo mismo. La famosa tesis de Marx acerca de que es preciso pasar de la comprensión del mundo a su transformación tiene en Voltaire un precedente explícito y admirablemente brioso. Nadie antes se había dado cuenta con tanta nitidez de la fuerza regeneradora que puede ejercerse por medio de las ideas sobre la opaca y rutinaria armazón de la sociedad. En el conocimiento y el pensamiento rectamente orientado (al conjunto de ambos le llama Voltaire «filosofía») existe un auténtico poder, un poder benéfico y curativo que puede aliviarnos del poder despótico de los gobernantes y del poder oscurantista de los clérigos. Pero ese poder filosófico hay que movilizarlo, sacarlo de los libros académicos y llevarlo a la calle, convertirlo en ariete y en bandera. Para ello son precisas una serie de condiciones que hasta Voltaire nadie había sabido reunir conscientemente: una determinada visión histórica, una fe racional, una disciplina, un instrumento de propaganda y polémica, un público adecuado. Veamos con mayor detalle

cómo participa cada uno de estos requisitos en el dinámico todo volteriano.

a) *Visión histórica.* Montesquieu percibió con claridad la diversidad de los usos políticos a través de los tiempos y de las latitudes, pero dio por bueno que todos tienen su justificación y su por qué. Incluso las leyes aparentemente más disparatadas o atroces poseen cuando se las examina cuidadosamente su propia razón de ser, referida a las condiciones ambientales o caracteriológicas del grupo humano. Hay muchas formas diferentes de acomodarse a lo racional y el hecho de que prefiramos unas a otras depende de nuestras tradiciones, es decir, de nuestros prejuicios. Y a la inversa: toda sociedad cultiva sus propios absurdos y sus peculiares ridiculeces o inconsecuencias. Quizá el sistema de los parisinos tenga ventajas sobre el de los persas, pero desde luego no las suficientes como para obligar a todos los persas a portarse como parisinos. A esta visión de optimismo serenamente funcionalista se opone el escepticismo radical de los grandes pesimistas como Pascal o Bayle. Para Montesquieu, la razón está en todas partes; para ellos, toda razón humana es locura y sólo la apuesta irracional por la fe puede salvarnos. Es decir, salvarnos del mundo, porque nada puede salvar al mundo. Tras los afanes humanos no hay más que torpe ambición, frivolidad, propósitos criminales en el peor de los casos y estúpidos en el mejor. Mientras que para Montesquieu todo resulta justificable, para Pascal o Bayle nada lo es, salvo el acto de fe que cancela nuestra afiliación deseante a lo terreno.

Quien carece de indignación frente a los absurdos políticos pasados o presentes no puede tener impulso revolucionario; tampoco quien los considera ilustraciones de un mal metafísico que ningún esfuerzo humano puede sino empeorar. La visión histórica de Voltaire mezcla en cambio estos ingredientes en una proporción diferente. Los abusos

y disparates de las leyes no son mera apariencia irreflexiva, como cree Montesquieu, sino males muy reales; pero no ejemplifican la triste condición de la naturaleza caída del hombre sino que provienen de causas inteligibles y enmendables: el interés abusivo de los poderosos y la ignorancia de las masas, fomentada por los inventores de supersticiones. Nuestra naturaleza racional y nuestro innato sentido de la justicia se rebelan contra las brutalidades del pasado, cuyas huellas en el presente son aún demasiado visibles. No hay motivos de optimismo, desde luego, porque éste supondría una falta de honradez ante la caterva de espantos que constituye la historia humana hasta la fecha, esa tragedia que se repite con distintos protagonistas en todas las partes del mundo; pero tampoco es decente ni digna la resignación, porque el esfuerzo de tantos hombres honrados que se opusieron a los tiranos, el de tantos sabios que combatieron la ignorancia y la superstición, el de algunos gobernantes que posibilitaron épocas de relativo bienestar entre los mucho más frecuentes episodios de barbarie, todo ello demuestra que es posible intervenir positivamente en el decurso aciago del destino, para sanearlo gradualmente de sus peores tendencias.

b) *Fe racional.* Se equivoca Rivarol cuando dice que el pensamiento de Voltaire es burlón, disolvente, propio para destruir y nada más, «sin nada que lo funde y sistematice». Muy por el contrario, Voltaire es un creyente y hay en su filosofía un fundamento tan nítido y estable como cualquier dogma religioso. Voltaire cree en una ley natural, a la que no vacila en otorgar origen divino, cuya expresión indudable se halla en la razón y en el corazón de los hombres. Lo que denuncia a la superstición es su permanente variabilidad, lo inacabable de sus metamorfosis según la cronología y las coordenadas geográficas; la ley natural en cambio es algo único, cuya universalidad reaparece en todo momento

y lugar, confirmando así la rectitud inapelable de su exigencia. Lo mismo que los niños de todos los países toman carrerilla para saltar sin necesidad de que nadie les enseñe física, lo mismo que en todas partes quien desea ocultarse interpone un árbol entre su perseguidor y él sin necesidad de estudiar perspectiva, en cada hombre hay una idea de lo justo y lo injusto que es común para todos, independiente y previa de cualquier legislación positiva, capaz de juzgarlas a todas. Puede llevar siglos conocer las leyes de la naturaleza física, pero la simple introspección permite al hombre honrado en un momento conocer las leyes morales eternas.

La fe volteriana es una afirmación apasionada de la razón, que ocupa en su doctrina el papel de la gracia santificante en el cristianismo. En efecto, la razón es la gracia que Dios nos otorga para compensar tantos males de la vida, la única excepción positiva hecha a nuestro favor en las inexorables leyes de la naturaleza. De aquí que Voltaire sea intelectualmente tan severo con los ateos como con los beatos: ambos grupos desconocen la verdadera grandeza racional de Dios. La razón se acompaña por el amor propio que busca lo mejor para cada individuo y por la benevolencia que nos inclina a desear lo más provechoso para nuestros congéneres. Este entramado sustenta la vida social del hombre y exige su permanente revisión, su constante mejora. Como queda señalado, tal afirmación de los fundamentos necesarios y de la perfectibilidad de la vida social es en Voltaire, nada frío pese a su fama superficial de sarcástico calculador, una auténtica pasión. La ha descrito muy bien Bernard Groethuysen: «Una pasión que exige la destrucción de lo irracional, de lo absurdo y que tiende a realizar en la vida lo que es conforme a la razón y al derecho. La pasión de la razón que ve como fundamento y como meta de la razón lo que se concibe según la lógica del derecho, la pasión que sufre, de una forma objetiva e impersonal, con aquello que en los casos concretos de la vida de todos los

días es contrario a la razón. En fin, una pasión tan vulnerable a la injusticia que no puede dejar de intervenir en los casos particulares, según las leyes generales de una razón clara y segura de sí misma, sea cual fuere el lugar en que se produzcan». (*Philosophie de la révolution française.*)

c) *Disciplina.* Voltaire es una de las figuras de la historia del pensamiento al que se le pueden adjudicar menos opiniones raras. En cierto sentido esto es algo que se ha vuelto contra él: solemos recordar sobre todo a los pensadores por sus dictámenes más desaforados, más genialmente extravagantes o paradójicos. Las principales ideas de Voltaire, en cambio, forman parte ya del acervo de nuestro sentido común moderno, por lo que al leerle resulta a veces demasiado obvio, demasiado previsible. La mayoría de sus criterios han triunfado de tal modo, los tenemos ya por tan irrefutablemente nuestros, que le menospreciamos un poco por no haber mantenido otros que pudieran desconcertarnos algo más. Pero es que Voltaire siempre tuvo muy claro adónde quería ir a parar con sus opiniones: nadie menos caprichoso ni menos casual que él. Comparémosle con el incansablemente imaginativo Diderot: el director de la Enciclopedia intentó siempre pensar las cosas de modo distinto a como estaba establecido, pero sin preocuparse de las consecuencias prácticas de sus audaces y a veces contradictorias especulaciones. Diderot se lanza a seguir una idea chocante hasta sus más remotos extremos, desafiando las convenciones pero sin empeñarse en transformarlas, más por gusto de la libre especulación que llevado por algún propósito práctico. Ni siquiera se preocupó de dar a la luz pública algunos de sus trabajos filosóficos más originales, que no fueron editados hasta mucho después de su muerte (caso de *El sobrino de Rameau*, rescatado por Goethe en alemán ya en el siglo XIX, o *El sueño de D'Alembert*).

Voltaire en cambio nunca pierde de vista el interés social de sus lecciones, jamás es gratuito en sus planteamientos, que siempre pretenden combatir algún error o suscitar la actitud intelectual que le parece en cada caso históricamente más útil. Sabe ser casi en todo momento divertido, pero siempre por táctica, para resultar interesante y retener la atención de sus lectores, nunca por frivolidad. Es un gran pedagogo y un excelente divulgador, mucho más que un especulador creativo. Pero también es un hombre de partido (y de un partido perseguido, aclara él en alguna de sus cartas), un decidido militante. Su partido es el de los filósofos, a los que quiere convertir en guerrilleros intelectuales. Se desespera ante su desunión, ante sus rencillas y personalismos, ante sus enfrentamientos internos que les debilitan frente a la compacta caterva de los fanáticos y los intolerantes. Por intermedio de su fiel Damilaville y del tibio D'Alembert, les hace llegar encendidas arengas de tono épico-burlesco, llenas de apelaciones a la unidad fraternal del grupo y de indicaciones tácticas y estratégicas para triunfar en la guerra contra el oscurantismo. Su apoyo a la Enciclopedia fue menos por entusiasmo hacia la obra en sí, sobre cuyo contenido intelectual tenía bastantes reservas y en la que colaboró profusamente pero con artículos a menudo desganados, que por afán de una empresa común que aunara y disciplinara contra el común adversario a sus dispersas huestes. Esta actitud corporativa y belicosa en el terreno laico la recibe sin duda como una herencia de aquellos miembros de la Compañía de Jesús que fueron sus primeros maestros. Quizá debiéramos decir que al intelectual moderno —polémico, mundano, oportunista en los detalles pero fiel a los principios, educador ante todo— lo inventaron casi a medias entre Ignacio de Loyola y Voltaire...

d) *Instrumento de combate*. El estilo volteriano es sin duda una de las armas más potentes que jamás hayan combatido en la palestra civilizada. Es fácil elogiarlo pero resulta complicado analizar todos sus mecanismos. Uno de sus muchos entusiastas fue Somerset Maugham, que en *The Summing Up* asegura que Voltaire fue «*the best writer of prose that our modern world has seen*». Para Maugham, escribir buena prosa exige buenas maneras: a diferencia de la poesía, la prosa es un asunto civil, incluso cortés. La finura y el malicioso comedimiento de Voltaire dañaban sus versos y sus tragedias pero en cambio le permitieron conseguir una prosa envidiablemente impermeable a los siglos y al devenir de las modas literarias. Sabe unir el clasicismo con un cierto descuido ocasional, que le añade la lozanía de la espontaneidad y que sirve admirablemente a su peculiar tipo de humor. Es educado pero agresivo; nítido pero rico en sobrentendidos; terso y hasta puntilloso a veces en el respeto a las formas, pero incomparablemente vivaz. Sobre todo tiene dos cualidades magistrales: la claridad y la brevedad. Es comprensible, va al grano, evita los circunloquios, recurre siempre a imágenes ilustrativas que persuaden haciendo sonreír y no malgasta el tiempo de un lector al que supone con acierto apresurado y algo distraído. Conoce a su moderno... Tampoco se enreda en largas argumentaciones, incluso desconfía de ellas: muestra lo absurdo del adversario en un par de trazos, contrasta los extremos opuestos en diálogos fingidos, no propone explícitamente la vía correcta sino que posibilita su aparición en el lector. Se contenta con demoler lo estúpido y zarandear levemente la facultad racional que todos compartimos para que despierte: vamos, ahora tú, atrévete... Todo un modelo, que Somerset Maugham convierte en consejo al joven escritor: «*If you could write lucidly, simply, euphoniously and yet with li-*

veliness you would write perfectly; you would write like Voltaire».

Hay que insistir en que Voltaire es sin duda un doctrinario, pero no un hipnotizador de masas ni un embaucador. No vocifera dogmas sino que prefiere zapar con humor los cimientos de los ya vigentes; en cuanto a la opinión correcta, espera que cada cual llegue a ella por sí mismo. No se trata, ni mucho menos, de considerar equivalentes todas las opiniones ni tampoco de suponer que las ocurrencias de cada uno deban ser respetadas en la misma medida en que deben ser respetadas las personas de los ocurrentes. A estos desvaríos contemporáneos del relativismo, Voltaire por fortuna ni se acerca. Lo que Voltaire cree es que todos pensaríamos bien (y por tanto más o menos lo mismo) si nos dejaran: es decir, si no nos enseñaran o nos obligaran a pensar mal. Escribe contra los obstáculos a la verdad, confiando en que ésta sabrá abrirse paso por sí misma a partir de la razón y la ley natural que todos compartimos: de ahí su fama de «demoledor», que él mismo confirmó. Pero precisamente con este método, como bien dice Groethuysen en el estudio antes mencionado, «apela a la autonomía del pensamiento de cada cual». Su lema por tanto podría ser: «Fiaros de vuestro propio razonamiento, sustituid siempre por lo concreto, por lo definido, las afirmaciones indecisas o generales». La vaguedad y los embelecocos de la imprecisión son los grandes enemigos del esfuerzo racional. De modo que hay que ser claro cuando se escribe: por honradez y por fe en los principios. Escribir claramente no equivale a tenerlo todo claro, ni mucho menos. En el reino de las supersticiones y las falsas ciencias, la duda es una muestra de cordura cautelosa. De ahí que Voltaire guste de plantear sus escritos como diálogos entre posturas contrapuestas, llenos de acercamientos imprevistos entre actitudes aparentemente irreconciliables o distingos abismales entre las más próximas. Brinda así materiales para la reflexión de su lector, sin sustituirle en ella. Nuestra aproximación a la